

Cuando se considera el estado de Europa y el de España en particular en ese siglo décimo, en que las alternativas de la disolución y de la reorganización se confunden sin dar tregua apenas al espíritu para distinguir con claridad sus efectos; cuando se piensa que el Imperio occidental, tan trabajosamente constituido por Carlomagno, estaba hecho pedazos y entregado á las dilaceraciones de la ambición y de la perfidia; que la necesidad de la defensa había introducido en los estados católicos, franceses y germánicos, la mas deplorable indisciplina, creando en los monasterios abades-condes, seculares y guerreros, que gozaban de sus rentas y llevaban á los claustros los tristes hábitos de la guerra, de la caza y del libertinage, convirtiendo los refectorios en salas de banquete, las silenciosas bibliotecas en cuadras para sus hombres de armas y caballos, y los templos en fortalezas; que la cristiandad en las naciones centrales del Occidente, estrechada como por un anillo de fuego con los Sarracenos al Mediodía, los Normandos al Norte y los Esclavones y Húngaros al Este, parecía condenada á perecer en las llamas de la prevaricadora Babilonia, y el vago terror del fin del mundo se cernía sobre los descendientes de Japhet como la nube que lanzó sobre la antigua Pentápolis la ira de Dios y el esterminio; no sabe uno qué admirar más, si la rápida decadencia de la grande obra llevada á cabo por la Santa Iglesia de Jesucristo y su auxiliar Carlomagno, ó la heroica perseverancia de la España católica, que, luchando á un mismo tiempo con la barbarie de sus propias pasiones, con el materialismo invasor de la brillante cultura musulmana, y con las brutales invasiones de los paganos del Norte, va lentamente sacudiendo la lepra de tan calamitosa edad, va gradualmente domando los feroces instintos de sus magnates, organizando su Estado, dando cohesión á sus dislocados miembros, fortaleciendo la potestad real, preparando los caminos al espíritu de noble independencia y de racional libertad que en lo sucesivo ha de constituir nuestra mas duradera gloria, y dando por fin á la Europa entera, envuelta de nuevo en las tinieblas de la barbarie, el ejemplo de una civilización incipiente basada en las imperecederas tradiciones de sus concilios y en la nunca olvidada escuela de su piedad fastosa y magnificente.

No es esta la ocasión oportuna de narrar las glorias del arte cristiano bajo la benéfica tutela de los reyes de Leon y de los condes de Castilla: las frecuentes y costosas construcciones que ellos promovie-

ron no entran en el cuadro de nuestro actual estudio. Cúmplenos solo observar que si no rivalizaron en belleza y magnificencia con las famosas fábricas erigidas por los Califas de Córdoba, aventajaron notablemente á las que con afrenta de la fugaz restauracion carlovingia veían levantar las ciudades de Francia, Alemania é Italia. Mostrábase en estas fiero y altivo el feudalismo acompañado de la mas espantosa ignorancia. La nacion que habia sido cuna predilecta de las artes desde la época de Augusto hasta la extincion del reino longobardo, se hallaba en la mayor decadencia, limitada la arquitectura en ella á satisfacer, no los caprichos de los poderosos, sino las necesidades de un pueblo ignorante y grosero, y reducidas sus prácticas á un puro mecanismo cuando por ventura lograba la ocasion de ejercitarlas. Apenas habia en Italia en esa época arquitectos ni escultores, ni quien supiese construir una bóveda: volviáse á las rudas prácticas de los francos merovingios, y se construían de madera la mayor parte de las iglesias. «Esta endeble y mezquina construccion, dice el juicioso Sr. Caveda citando á Batisier, era la mas acomodada al desaliento y miseria de una sociedad donde se anunciaba muy próximo el fin del mundo y donde le hacian creíble, tanto como la grosera rudeza en que se hallaba sumergida, la ruina y desolacion que por todas partes la cercaban.» En la España cristiana, por el contrario, el arte de construir se practicaba con nobleza, con ventajas y con honra, y quizá ninguna nacion del Occidente podrá jactarse de haber en aquella triste y azarosa época legado á la posteridad mas fábricas insignes y mas nombres de arquitectos afamados. Los Tiodas, los Vivianos y Ginos, emulaban la gloria de los mas insignes alarifes y maestros del Califato andaluz, y las galanas preseas del arte bizantino, del que habia hecho su irresistible talisman la cultura árabe-hispana, pasaron en el siglo de oro del arte cordobés á las córtes de Asturias, Leon, Galicia y Castilla, como prisioneras de guerra, tan dóciles y halagüeñas en verdad entre los sencillos y rústicos pobladores de aquellos húmedos valles, como lo eran en las dóradas campiñas del Guadalquivir y del Genil. Ya fuesen mirados como mera continuacion de gratas tradiciones antiguas (1), ya como innovaciones acomodadas al genio de la arquitectura heredada de sus padres, es lo cierto que los

(1) En confirmacion de esta conjetura recordaremos al lector las reflexiones que dejamos atrás consignadas, pág.^o 276 y siguientes, al discurrir sobre los caracteres de la arquitectura visigoda.

varios elementos de la rica decoración y ornamentación árabe, fueron muy bien hallados por los arquitectos de los Alfonsos y Ramiros, los cuales los usaron con toda profusión en las iglesias de que son tipos los más marcados: S. Miguel de Lino, S. Miguel de Escalada, Sta. Cristina de Lena y S. Salvador de Valdedios. Basten estas ligeras indicaciones para recordar la noble y fecunda rivalidad que el genio cristiano sostenía en nuestra Península con el genio árabe, creador de tantas maravillas como realizaron en el espacio de tres siglos los grandes hombres que produjo el Califato de Andalucía.

En nuestros estudios sobre la cultura del estado Cordobés (1), hemos dado largas noticias de las más afamadas construcciones de los Califas y de la prosperidad que bajo sus diferentes reinados alcanzaron las principales ciudades andaluzas. No repetiremos aquí lo que entonces debimos referir con mayor oportunidad. Las actuales provincias de Sevilla y Cádiz fueron parte de aquel Estado, y aunque nuestro trabajo tuvo por principal objeto el territorio comprendido en la moderna circunscripción de la provincia de Córdoba, todo lo que en aquella ocasión escribimos acerca del arte mahometano es extensivo á las construcciones erigidas en las comarcas que ahora recorreremos. La arquitectura sarracena de la época del Califato se distingue por el carácter uniforme que reviste en todos los países: es aquella la época en que el arte se presenta más grandioso y monumental, y por esa misma uniformidad, semejante en cierto modo al arte romano. En los siglos VIII, IX y X se construía en Córdoba lo mismo que se construía en Damasco; lo mismo que en Toledo y en Zaragoza. Con más razón, pues, serían iguales las prácticas y las formas arquitectónicas en las ciudades y distritos de una misma tierra y de un mismo clima. Añádase á esto que no existen noticias circunstanciadas de las mezquitas y alcázares edificadas en las grandes poblaciones donde residían los walíes ó gobernadores nombrados por los Emires, y que los vestigios de arquitectura musulmana que hoy excitan el interés del arqueólogo en la tierra que vamos recorriendo, pertenecen casi todos al arte mauritano desarrollado desde el siglo XI hasta principios del XIII, ó bien al que siguieron los alarifes moros practicando después bajo la dominación cristiana y que designamos hoy con el nombre de *mudéjar*.

(1) Tomo de CÓRDOBA, capit. II, parte 1.^a

Son sumamente escasos los vestigios de la arquitectura del Califato en dichas poblaciones: así que apenas podríamos citar una construcción íntegra de esa época en el trayecto desde el límite de la provincia de Córdoba hasta el Estrecho de Gibraltar. Es presumible que antes de la invasión de los Almorávides hubiera allí construcciones de arquitectura religiosa, civil y militar, de grande importancia: inducen á creerlo el exámen de algunas de las partes mas antiguas de la mezquita, hoy catedral, de Sevilla, y otras antigüedades que ligeramente vamos á reseñar sin orden determinado.

En Lebrija (*Nebrishah*) hemos creído reconocer dos construcciones notables de la época del Califato. Es la una la parte antigua del castillo que domina la población. En este hay una capilla que conserva todos los caracteres de las mezquitas del noveno siglo. Es de tres naves: separanlas columnas que sostienen por cada lado tres anchos arcos de herradura. El otro curioso monumento es la parte tambien antigua de la Iglesia mayor. Es este templo asimismo de tres naves, separadas por pilares, á cada uno de los cuales están adosadas cuatro columnas coronadas de capiteles bizantinos, sobre los que cargan arcos ultrasemicirculares. Debió formar esta mezquita en su planta primitiva una cruz griega perfecta y nueve compartimentos iguales, cubiertos por otras tantas cúpulas de diversas formas, y presentando en cada una de sus cuatro bandas al que se situase en su centro ó crucero, tres soberbios arcos de herradura. Hoy mismo, á pesar de la reforma hecha por el arte moderno, presenta desde el castillo la Iglesia mayor de Lebrija una fisonomía enteramente musulmana, porque se ven asomar sobre su techumbre las seis cúpulas de piedra con que se coronan las seis bóvedas antiguas que la restauracion ha respetado (1). El castillo de Lebrija fué

(1) Existen en España pocos templos erigidos por los arquitectos del Califato que presenten la misma disposicion bizantina, pero recordamos en este momento una curiosa mezquita de Toledo, hoy Ermita del *Cristo de la Luz*, en que se advierten las mismas nueve cúpulas, todas de formas diferentes. Esta mezquita en verdad no tiene en su exterior el carácter oriental que distingue á la de Lebrija: sus cúpulas llevan encima una armadura comun que completamente las encubre. Pero quizás en su época primitiva ostentó este pequeño templo al aire libre su graciosa coronacion bizantina, como en su mayor parte la luce el de Lebrija. Los ejemplos de esta naturaleza son interesantísimos para la historia de nuestra arquitectura nacional.

Por lo demás, no siendo probable que volvamos ya á ocuparnos del pueblo de Lebrija, parécenos esta la ocasion oportuna de manifestar lo mas curioso que la mencionada Iglesia mayor encierra. La parte árabe antigua no pasa mas allá de su crucero: desde este al ábside, todo es moderno, no distinguiéndose en él mas que el altar mayor, trazado por Alonso Cano, y en el cual hay muy notables pinturas. Tiene esta iglesia

edificado por el famoso Suleyman Ben Mohammed Ben Abdelmalek, magnate de Sidonia, cuando estallaron las sediciones de los magnates de Niebla, Carmona, Sevilla y otros distritos contra el Emir Abdallah, en el siglo IX. En esta época fueron muchos los castillos y fortalezas que se edificaron en la provincia, ya por los amigos del poder real para robustecer la autoridad del Sultan y tener á raya á los caudillos rebeldes de las diferentes tribus y razas, siempre propensas á disturbios, ya por esos mismos caudillos que en los distritos apartados de la corte mantenian vivo el espíritu de rebelion. Mohamed Ben Ghalib, el mulado de Écija, solicitó permiso del Sultan para edificar un castillo con objeto de reprimir á los Bereberes Beranis que estragaban aquella tierra y habian invadido la provincia de Sevilla sorprendiendo á Tablada y talándolo y destruyéndolo todo como fieras. Pero Suleyman Ben Mohammed al propio tiempo, encastillado en Lebrija y rodeado de aventureros y gente perdida comprada á vil precio, hacia sus incursiones en las cercanas islas del Guadalquivir, donde Almundhyr el tio del Sultan tenia sus yeguas, y despues de apoderarse de sus mejores caballos se retiraba á Korah, cuya vasta fortaleza á la extremidad del Axarafe; á unas diez millas de Sevilla, le prometia la impunidad. Es curioso y entretenido leer en Ben Hayyan (1) la historia de las guerras intestinas de este tiempo, entre los árabes y los mulados ó mestizos, asistidos ó vendidos alternativamente por los terribles Bereberes: del estudio detenido de esta y otras narraciones podrian sacarse preciosos datos para la corografía de las provincias de Sevilla y Cádiz en la época del Califato, porque son en ellas continuas las citas de ciudades, poblaciones y fortalezas de que no conservamos noticia. Solo en una relacion de pocas líneas, refiriendo los sucesos del año 282 (A. D. 895) y la expedicion que las tropas reales verificaron este año contra Sevilla y Sidonia, nombra el citado historiador una porcion de parages hoy de todo punto ignorados. Nada sabemos por cierto del sitio que ocupó *Beni Barsis*,

una fachada lateral gótica muy buena: su arco de ojiva degradada, su archivolta de nervios, las pequeñas columnas que la sostienen y las puntas de diamante que la decoran, están acusando el influjo del siglo XIII en su principio. La imafrente nada de particular ofrece: solo se lee con interés sobre el dintel de su puerta, en una losa de mármol blanco de fines del V siglo, la inscripcion sepulcral siguiente: ALEXADRIA CLARISSIMA FEMINA VIXIT ANNOS XXV, RECESSIT IN PACE DECIMONONO KLS. JANUARIAS, ERA DXXXIII. — PROBUS FILIUS VIXIT ANNOS DUOS, MENS...

(1) Véanse las *notas é ilustraciones* que ha agregado el Sr. de Gayangos á su traduccion inglesa del Almakari.

punto cercano á Carmona, donde acampó el ejército del Sultan mandado por Al-mutref: nada tampoco del lugar llamado *Tarbil* y del fuerte de *Montefique*, ambos en la margen del Guadaira. *Hisn-Amarina* á orilla del Guadalete, *Kalsánah*, lugar situado cerca de Sidonia, *Bixter*, pueblo de aquella misma tierra, *Medina Ben Selim*, *Kámirah* en las cercanías del rio Belon y el castillo nombrado de *Kalat Ashath*, son parages cuya reduccion creemos ya casi imposible hacer. Quizás se conserven todavía reliquias de sus construcciones sepultadas en la arena en soledades inhospitalarias, de donde sin embargo se desvía con pesadumbre el pie del afanoso anticuario. ¡Hay tanto atractivo para el alma en los desiertos campos de la Bética! El recuerdo de Hisn-Amarina y de Kalsánah y de las guerras civiles del Califato nos asaltó repetidas veces en las melancólicas llanuras de Lebrija á Sanlúcar de Barrameda. Es triste aquella comarca, pero es grandioso y poético el horizonte que la imaginacion descubre en todos los puntos de aquel silencioso sepulcro de tantas memorias. No hay poder humano que restituya á esa tierra, entregada ya como otros grandes teatros históricos del Africa y del Oriente á la parálisis de la muerte, la animacion y la vida que alcanzó cuando los carrós de guerra y las huestes romanas, godas y sarracenas, cursaban incesantemente ambas orillas del Guadalquivir, y hacian estremecer sus bosques, y cuando sabian hacer aprecio de su belleza los prepotentes magnates por cuyos esfuerzos llegaron á ser flores de la corona castellana las fértiles vegas andaluzas. Hoy quedan solo en la dilatada comarca que se estiende á la izquierda del magestuoso rio desde Sevilla y Utrera hasta Jerez y Sanlúcar, arenales infecundos, descollando en ellos á trechos silvestres pinos en cuyo oscuro ramage gime tristemente la brisa. Nopales, cañaverales y zarzas son allí toda la gala de los caminos, y los purpúreos celages del sol poniente reflejándose por entre los pinares en la superficie del agua lejana, hacen creer al que avanza hácia la marina con la impresion reciente de las cúpulas de Utrera y de Lebrija, que viaja por las orillas del Eufraates ó del Nilo.

Continuando la reseña de los vestigios de arquitectura árabe de la primera época que hemos reconocido en nuestro viaje, mencionaremos varios trozos de la muralla de Jerez; una fortaleza cuadrangular de curiosa estructura que cortaba en dos la calle principal de Arcos de la Frontera y por dentro de la cual se pasaba para subir del primero al

segundo tramo de la mencionada calle: monumento que vimos con dolor convertir en escombros, causando nuestra pena burlona sonrisa á alguno de los *despreocupados* autores de semejante acto de vandalismo; y algunas partes de los castillos é iglesias de Mórón, Coronil, Osuna, Utrera, Marchena, Alcalá de Guadaira y Carmona. Los castillos de las poblaciones todas inmediatas á la sierra de Leita merecerian un estudio particular, al que no nos ha sido posible consagrarnos. Esta comarca de dehesas y despoblados ha sido en todo tiempo el receptáculo de los salteadores y bandidos de alto coturno: el rebelde Omar Ben Hafsum que tanto dió en que entender al Califa Almundhyr, cursó mucho todas sus veredas: era el José María de la España árabe del noveno siglo, y semejante á Viriato que pasó á ser *ex latrone Dux*, tuvo en jaque con un puñado de bandoleros al gobierno de su país. «Primo avulso non deficit alter.» Mórón es como el cuartel general de estos terribles campeadores, guerrilleros excelentes en nuestras contiendas con los extranjeros, ladrones execrables en tiempos normales y pacíficos, y émulos de los de la vecina Sierra de Ronda, entre quienes vive inmarcesible el sangriento lauro de los Muley Aben Hassan y de los Diego Corrientes. Osuna ostenta en su Colegiata arcadas árabes de muy elegante forma. Marchena (*Marsénah*) lleva en sus muros de argamasa, fortalecidos á pequeños trechos con gruesos cubos y torreones, la marca evidente de haber sido entre Osuna y Carmona defensa poderosa de los árabes del Califato antes de lucir en la corona ducal de la casa de Arcos, aunque se haga poca mencion de ella en las historias que han llegado á nuestras manos. Entre las puertas antiguas que en su muralla conserva, se hace notar la del *Arquillo de la Rosa*, medio escondida entre dos altísimos torreones cuadrangulares almenados. Forma la entrada un gallardo arco ultrasemicircular, ó de herradura, de piedra, con su correspondiente arrabá, encima del cual se colocó, en época asaz posterior á la de su construccion, una losa blanca con tres escudos. En Carmona (*Karmunah*) tenemos menos escasa cosecha de recuerdos de la época que vamos considerando; pero no iremos por ahora á buscarlos á su famoso alcázar, ruina gigantesca que fué en otro tiempo mansion ostentosa del rey D. Pedro, dorada prision de sus concubinas: en otra ocasion quizá lo describirémos. La primitiva Carmona árabe dura en el aspecto oriental de sus murallas y de su posicion pintoresca, y principalmente en el curioso patio de su parroquia de San-

ta María. Hay en este un hermoso arco de herradura encerrado en su arrabá, al cual acompañan por un lado otros tres arcos ultrasemicirculares y dos por el otro, sostenidos por pequeñas columnas sin mas capiteles que unos abacos sencillos. Otro arco árabe tapiado ha dejado en el muro la huella de su elegante cimbra y lleva encima dos aberturas alfeizaradas. Alcalá de Guadaira (*Al-ka'ah*), la ciudad de los arroyos, recuerda en los mas sólidos muros de su castillo y de su cinto de torreonos, así como tambien en sus gráneros subterráneos y en sus aljibes, que fué la llave de Sevilla desde antes de la guerra civil entre yemenitas y modharitas, renovada con inaudito encarnizamiento por los partidarios de Ibrahim Benilhejáh y sus contrarios los secuaces de Koreib Ben Khaldun (durante el reinado de Al-mundhyr y de su hermano Abdallah). En aquella implacable guerra cayeron desplomadas las torres de la soberbia fortaleza, y yerma la ciudad, sucedió en su recinto el silencio á la bulliciosa zambra guerrera; y Alcalá no volvió á levantar su murada frente hasta que la reedificaron los Almohades.

Los árabes habian dividido el Andálus en tres grandes distritos, central, oriental y occidental. Comprendia el distrito central las provincias de Córdoba, Granada, Toledo, Málaga, Almería y Jaen; componian el oriental Zaragoza, Albarracin, Valencia, Murcia y Cartagena; entraban en el occidental Sevilla, Jerez, Gibraltar, Tarifa, Beja, Badajoz, Mérida, Lisboa y Silves. De consiguiente todas las ciudades mas notables de las actuales provincias de Sevilla y Cádiz se hallaban comprendidas en la parte mas oriental del gran distrito de Occidente. Entre todas ellas descollaba Sevilla (*Yshbiliah*); Cádiz y Algeciras (*Jezi-ratu-Kádis*) contaban para los geógrafos árabes entre las islas que rodeaban á la península.

Era el principal ornamento de aquella gran ciudad la mezquita edificada sobre la basilica de S. Vicente, insigne por sus memorables concilios. Pero ¿quién sería capaz de describir hoy aquel edificio? Nada queda de él mas que el recuerdo del lugar que ocupó. Otras construcciones mas amplias y magestuosas se le sobrepusieron cuando bajo los Almoravides y Almohades recobró Sevilla la categoria de reino independiente, y entonces, juntamente con las fábricas de la ciudad, subieron á mayor importancia las naturales bellezas de su privilegiada situacion y suelo. En breve hablaremos de las grandezas que la naturaleza y el arte acumularon en la hermosa Yshbiliah desde el undécimo hasta el déci-

motercio siglo; por ahora nos contentarémos con recordar que la mezquita principal, edificada tal vez á semejanza de la de Córdoba, aunque con menos suntuosidad y de menores dimensiones, estuvo en el sitio en que hoy se levanta la Iglesia mayor, y que fué en el noveno siglo incendiada por los normandos: de consiguiente es hoy imposible discernir si los grandes arcos de herradura que en algun trozo que otro del claustro de la catedral se advierten hoy, son obra anterior ó posterior á aquel suceso. No parece probable que en tiempo de los Califas tuviese la mezquita de Sevilla la considerable extension que se colige de la línea septentrional del actual *patio de los naranjos*. Siendo esta línea de trescientos treinta pies castellanos, le corresponderia á la mezquita, tendida de norte á mediodia, una longitud casi doble, comprendida en esta la anchura de su atrio ó pensil: dimension exagerada para un templo que comparado con la Aljama de Córdoba era indisputablemente de segundo orden. Nadie sabe quién mandó construir la primitiva mezquita sevillana: pronto veremos si nos es posible dar razon cabal de la forma que tuvo bajo el reinado de los Almohades.

Otro de los edificios notables en aquel tiempo, dado que no lo hubieran destruido los agarenos en el ímpetu de la primera invasion, sería el palacio en que habia vivido San Hermenegildo, de cuya situacion no se tiene la menor noticia. Por lo que hace á la morada de Abdalásis mientras fué lugarteniente ó gobernador de Andalucía, sábese solo que la estableció en una iglesia consagrada á Santa Rufina, situada junto á un prado, que tal vez sería el denominado *de las Virgenes* en Sevilla. Allí, segun dice un verídico historiador árabe, se instaló cuando contrajo matrimonio con la noble princesa á quien nuestras historias llaman Egilona, designada por el escritor citado con el nombre de *Omm Aásim*: y añade que á la puerta misma de dicha iglesia de Santa Rufina edificó una mezquita, donde despues fué su muerte (1).

(1) El historiador árabe citado es Ben Alcutiyya, de quien el Sr. Gayangos, con su acostumbrada generosidad literaria, ha traducido para nosotros el pasage que contiene las noticias que acabamos de dar. Alcutiyya, pues, no solo nos descubre la situacion del palacio de Abdalásis, sino que nos revela además la existencia de la iglesia llamada *Rubina* (ó de Santa Rufina), bastando esta mera advocacion para indicarnos bien claramente que el prado al cual miraba dicha iglesia era el conocido con el nombre de *Prado de las Virgenes* Justa y Rufina, fuera de las puertas del *Osario* y del *Sol*, hácia el convento de *la Trinidad*.

Es tambien interesante la relacion que aquel escritor hace de la muerte de Abdalásis. «Una mañana al amanecer, dice, se dirigió á la mezquita, y entró en el mihrab.

En tiempo de los Califas florecieron en Sevilla las escuelas mozárabes en competencia con los estudios de artes liberales y matemáticas que fundaron los sarracenos. «En aquellos tiempos infelices, dice Masdeu discurriendo sobre el triste estado de Europa en los siglos IX y X, los que tenían bastante luz natural para descubrir entre las tinieblas de su patria lo que podían alcanzar fuera de ella, volvían los ojos y los pasos á nuestra Península, porque la única nación culta entre todas las del continente era sin duda la española, por el conato con que se aplicaban á los estudios así los moros como los cristianos... Los primeros reyes de Córdoba fueron generalmente cultos y amantes de las letras; pero no comenzaron á protegerlas con verdadero ardor hasta que subió al trono Alhakem II después de la mitad del siglo X. Esta época, que es la de la mayor barbarie de Italia, Francia y Germania, lo es puntualmente de las escuelas, academias y bibliotecas de los árabes españoles.» El citado Alhakem fué según todas las probabilidades el que abrió, juntamente con otras de varias ciudades principales, la escuela pública de Sevilla, donde suponen algunos historiadores aprendió las humanas disciplinas aquel célebre Pontífice (1) que, por aventajarse en conocimientos á los mas grandes ingenios de Francia é Italia, fué tenido por brujo y nigromante. Continuó Almanzor el impulso dado por Alhakem, y á fines del décimo siglo había en todas las capitales universidades de estudios generales, colegios de facultades particulares y numerosas bibliotecas públicas, en que abundaban las obras de los autores cordobeses, sevillanos, murcianos, granadinos, lusitanos y valencianos.

La gloria de la cultura árabe-hispana en los dos mencionados siglos pertenece en gran parte á la España cristiana, que fué la verdadera maestra de sus conquistadores. Nuestra nación era en muchos ramos del saber culta y letrada cuando los árabes aun no lo eran. No dieron estos prueba de amor á las ciencias y á las letras desde que pusieron el pié en nuestras provincias; al contrario, en el siglo primero de su establecimiento se mostraron rudos é ignorantes, al paso que nuestra

Leyó la primera asora del Coran, y en seguida la intitulada «*la desgracia*,» y al acabar, los conjurados que estaban ocultos cayeron sobre él y le asesinaron. Cortáronle en seguida la cabeza y se la enviaron á Suleyman.»

(1) Fué este el monge francés Gerberto, que llevó en el pontificado el nombre de Silvestre II. Aunque el Dr. Illescas en su *Pontifical*, y otros, suponen que estudió en Sevilla, parece mas probable que su educación literaria fuera en Barcelona, como pretende probar Masdeu, *Hist. de la España árabe*, lib. II.